



JORDI DIEZ

Indias, mes de noviembre del año de Nuestro Señor de 1493.

Algunos dellos habían acompañado al Gran Almirante en su primer viaje, apenas unos meses atrás, y decíanse maravillas de la tierra que íbamos a encontrar.

En pie, frente al castillo de popa de la Marigalante, hermana de la que había dejado alma y cuerpo en las indias, el Gran Almirante don Cristobal Colón oteaba el horizonte poseído por una fuerza que en muchos momentos dudé de que fuera el mismo diablo quien la alimentara. Dios me perdone, una duda que mantengo intacta hasta estos días de oscuridad en mi vida. Tres carracas, dos naos y doce carabelas seguíamos entonces los designios del Gran Almirante como una banda de aves que dibujara su estela en las aguas sin fondo del océano.

Habíamos partido del puerto de Cádiz el 25 de septiembre del año de Nuestro Señor de 1493, sesenta días de mar que habían vaciado mis intestinos y cuarteádome la piel como página de código antigua, lo que pareciera divertir en gran medida a los marinos, y al propio Almirante. Lo observé por enésima vez en aquellos dos meses tortuosos, el rostro sombreado por la toldilla mientras estudiaba con repetida pose las cartas náuticas de Juan de la Cosa, propietario de la nao y timoner cuando el mar arreciaba pestes, y a quien parecía tener en gran aprecio.

Hacíase una madrugada al inicio de los días del mes de noviembre cuando el vigía de la cola del palo mayor avistó tierra. Creed si os digo que busqué a los querubines que pusiera Dios en las puertas del edén cuando vi la hermosura daquel lugar. El añil amenazador sobre el que habíamos navegado se transformó, gracias a nuestro Señor misericordioso, en un azul tímido y caliente que se ribeteaba de verdes tan luminosos que herían los ojos de verlos.

El Almirante varó la flota a pocas leguas de la costa para no sufrir los daños que destrozaron su capitana en el primer viaje, y bajaron las chalupas para marcar el camino y traer agua y víveres. Las naos arriaron velas y lanzaron sus áncoras en aquellas aguas que dejaban ver las miles de criaturas de todos los colores que las surcaban. Al frente, la costa se bordeaba de arenas tan blancas que parecíanse pintadas por el gran Pere Serra, y la vegetación tras ellas fuera de tanta espesura que asemejaba más a un manto que a un bosque.

Los gritos de júbilo de los hombres cuando la primera chalupa regresó cargada de agua dulce debieron oírse en la lejana Castilla. El Almirante ordenó varias expediciones más para reponer las menguadas despensas y bautizó aquella tierra como Santa María de Guadalupe de Extremadura, en honor a la Virgen del monasterio jerónimo de Villuercas, y en honor a todos los hermanos de la orden que habíamos sufrido en las tablas aceitadas de las naos aquellos casi dos meses de travesía en que nuestros hábitos parecían haber crecido.

Más allá de las naves expedicionarias al mando del catalán, como conoció al capitán don Pere Bertran de Margarit, no hubo ningún hombre que pisara tierra, ni en aquella isla honrada a la Virgen y llena de peligros, ni en ninguna de las otras hasta que llegamos, tras dos semanas de navegación calma, a una mayor que los cartógrafos dijeron ser isla y que yo, en mi ignorancia, creí fuera Cipango. El Gran Almirante la nombró la isla de San Juan Bautista, aunque después supe por los indios que encontré en mi vida que ellos la llamaban Boriquén.

Por fin, una de las mañanas en que me sentaba sobre el bauprés, a la sombra de la vela cebadora, a leer las Escrituras y emborronar alguno de los pergaminos con los sentimientos de gozo infinito que me producía la visión de aquellas tierras, Fray Bernardo Boyl, hermano franciscano al que debíamos el mismo fervor que al Santísimo Papa Alejandro VI mientras durara la expedición, mandó a buscarme para desembarcar junto al resto de hermanos.

Ni el propio Adán creo que fuera tan gozoso como lo fui al sentir la calidez de aquellas aguas. La espuma mojó mis hábitos y la arena, fina como harina de molinero, se coló entre mis dedos por los cueros de las sandalias. Algunos hermanos corrieron como niños por aquella masa pastelera que pareciera a punto de hornear, e incluso Fray Bernardo dejó traslucir una sonrisa, la única que le vi en toda mi vida.

Los trinos de las aves mezclábanse con las risas de los marinos al ver a un grupo de hombres con hábitos retozar y correr como infantes, mientras caían víctimas del mareo de tierra y hacían cabriolas indignas de su cometido al tratar de ponerse en pie, pero creedme si os digo que muchos de nosotros pensamos, en aquellas noches de alta mar en las que las camas de bodega balanceábanse como badajos en día de Misa, que nuestro encuentro con el Altísimo era cuestión inminente.

El alba de uno de los hermanos se enredó entre sus piernas mientras corría y cayó sobre su culo para algarabía de todos los que en aquella playa gozábamos de la bondad de Nuestro Señor. Habíamos dejado tonsuras y escapularios a bordo de las naos, y los hábitos, sin más vestimenta que la sola casuya, pegáronse al cuerpo marcando unos costillares que parecíanse tubos del órgano de iglesia de la carne que habíamos perdido en la mar. Fue Fray Bernardo quien puso fin a nuestros juegos y bendijo, con los poderes recibidos del sucesor de Pedro, aquella tierra de hermosura sin par antes de regresar a bordo para continuar la travesía hacia la Hispaniola, la isla en la que el Almirante había dejado treinta y nueve de sus

hombres al embarrancar la Santa María en la víspera de la Natividad de Nuestro Señor del año de mil cuatrocientos noventa y dos.

Pocos días permanecimos en la isla de San Juan Bautista, pues el Almirante apresurábanos por arribar a las tierras en las que había dejado al marino Diego de Arana, a quien parecíase profesar bastante apego por cercanía de doña Beatriz Enríquez de Arana, con quien encamaban las pérfidas lenguas de los marinos al Almirante sin haber concurrido éste en matrimonio con la dama después de su viudedad. Partimos las diecisiete naos tras la Marigalante, en filas de a dos, separadas por un par de leguas, con las bodegas llenas en dirección oeste, bordeando la isla de San Juan y maravillándonos con los mil rincones de belleza que tenía.

Dos noches tardó la flota en avistar la isla de la Hispaniola, como el propio Almirante la bautizara casi un año atrás, pero no fue hasta el día de los mártires Facundo y Primitivo que los gritos del grumete de la Marigalante detuvieron la navegación. Yo dormitaba bajo la escotilla cuando me avivaron los gritos y el rugir de la cadena al apea las dos áncoras de proa. Adecenté el hábito con las palmas de mis manos, vestí el escapulario y subí presto la escala para ver qué había causado la parada. Vi al Almirante tendido de medio cuerpo sobre la borda, con Juan de la Cosa y los maestros a su alrededor, y la vista puesta en una chalupa que remaba en dirección a unos grandes troncos embarrancados en la desembocadura del río más ancho que jamás viera en mi vida.

La tripulación, en imitación del gesto del Almirante, asomaba sus tercios sobre la baranda de babor siguiendo las maniobras de la chalupa, que lastraba la boga por la corriente adversa del río. Los hombres comentaban en susurros que era de mal agüero una parada tan cercana al puerto de destino. Por ellos supe que estábamos a poco menos de doce leguas del fuerte encomendado al protegido del Almirante, Diego de Arana, lo que suponía apenas unas horas de navegación si los vientos nos favorecían como hasta entonces. Por fin la chalupa pareció garfear con el bichero lo que fuera que el grumete avistase desde la nao y viró proa enfilando la vuelta hacia la Marigalante.

Lo que fuera que subieran a la nao creó una gran confusión. Las corredizas sin son por las tablas se tornaron órdenes del vicealmirante que en pocos minutos hicieron levar las áncoras y descolgar las velas de las vergas. El Almirante había desaparecido de la cubierta y los hombres decíanse haber visto una cabeza barbada atada a una sogá. La nao crugió el costillar y zarpó. En el palo mayor comenzáronse a izar banderolas de señales, entre las que reconocí la de advertencia de armas al resto de flota, y al poco los menguos arcabuces que se custodiaban en el armero repartiéronse entre los hombres más hábiles y los que habían sido soldados de fortuna. Rellenaron las cazoletas, armaron las mechas en las serpentinas y se repartieron bolas de munición. Fuera lo que fuese que el Almirante había bajado a la bodega, o a su camarote en el castillo de popa, alteró la paz de aquel edén por el que navegábamos desde hacía varias semanas.

Los marinos habíanse vuelto a sus posiciones, forzando el velamen a las órdenes de Juan de la Cosa, que se había hecho con el timón de la capitana. La Niña, más rápida, se acercaba por estribor sin atreverse a sobrepasar a la Marigalante para no encender las iras del Almirante. Todos sabían que los vinagres del Almirante calmábalos únicamente el látigo del vicealmirante. Me acerqué al timoner y le indagué por la urgencia. El cántabro apartó sus ojos negros de la línea imaginaria que trazaba su mente entre la lectura de la brújula y el palo de proa, y los claveteó en los míos.

-¿Veis mi barba, fraile? – asentí – Los indios no son barbados y la cabeza que hemos sacado del mar tenía una como ésta.

Agarró el timón con una mano y se apelmazó la barba con la otra. Su voz grave se levantó por encima de la bruma, del lamento de la nao y del crepitar de las velas.

-El otro cuerpo estaba mutilado y atado a un tronco. Le faltaban pedazos deste tamaño – se marcó a la altura del codo –. Nadie muere de viejo atado a un tronco y las carnes desclavadas, ¿no creéis, fraile? – volvieron al timón ambas manos, y la vista al punto que mi conversación había ocultado por un instante.

Sentía brotar el sudor de mis axilas, recorrer en pequeños riachuelos el tronco hasta humedecer el calzón y bajar por mis piernas. En aquellas tierras el sol subía y se ponía como si lo izasen con sogas para dejarlo caer. Levanté la vista y calculé que nos acercábamos al medio día sin que nadie de a bordo hiciera visos de preparar pitanza. Me sorprendió mi propio pensamiento, agarré el crucifijo de madera que colgaba en mi pecho y oré por los dos cristianos que los garfios de la capitana habían rescatado de las alimañas marinas.

El Almirante salió del castillo de proa a tiempo para ordenar que arriaran velas, y la nao pareció encallarse sin encomendarse a Dios ni al diablo. Agarró el timón de las manos de Juan de la Cosa y manejó la inercia acercándose a la costa hasta que estuvo seguro del lugar. Entonces mandó apeaar anclas y la nave se clavó con un chillido largo que hizo volar miles de pájaros en los primeros árboles, apenas a una legua de nuestras naos. Frente a nosotros una línea blanca de espuma nos barraba el paso a tierra cual barricada submarina que extendiérase paralela a la costa hasta donde alcanzábanla nuestros ojos.

La primera chalupa que cayó al agua iba comandada por el hidalgo Alonso de Ojeda y unos quince hombres armados con espadas y mosquetones. Tras ellos arriaron otras que llegaron a tierra a golpe de boga. El Almirante permaneció fijo en el timón, con la cara volteada a tierra y la boca sellada como la bodega que abrigaba los licores.

Volviéronse las chalupas al cabo de unas horas sin mayores restos ni noticias de los cristianos que allí habían quedado. No se encontraron señales de vida, ni de construcción alguna en la explanada que el Almirante había señalado como base

del Fuerte Navidad. Ni signos, ni materiales, ni una evidencia de vida cristiana, todo lo había engullido la exuberancia daquel verdor que pareciera cubrir cuanto la vista alcanzaba. Solo la lancha que comandara el hidalgo traíase con ellos tres hombres jóvenes con cintas atadas en las rodillas y codos, algunas plumas enredadas en sus cabellos, y muchos collares que caían desde el cuello al pecho como únicas vestimentas, y que dijeron que eran los indios daquellas tierras. Alonso de Ojeda agarró al primero dellos y lo mandó de rodillas frente a Don Cristobal Colón de un golpe en el estómago, aterrando a los otros dos que se tiraron al suelo de voluntad antes que recibir la invitación del hidalgo. Alonso de Ojeda agarró al primero por los largos cabellos, estirole la cabeza hacia atrás y púsole en la gola una daga con hoja curva parecida a las de las falcatas. Todos en la nao habíamos callado a los gritos que daba el pobre indio, mientras los otros lo miraban con ojos planos y la incomprensión dibujada en el rostro. Alonso de Ojeda apretó el filo y una línea rosada se marcó en el cuello tostado por el sol del indio.

-Pregúntale por qué mataron a mis hombres – me mandó Don Cristobal.

Interpelé al indio como buenamente pude, en una mezcla de latín, griego, portugués, castellano, francés, italiano y catalán, todas las lenguas que conocía, pero el joven mirábame sin comprender ni una de las palabras que yo decía. Alonso de Ojeda mantenía la presión de la daga en el gaznate pero el indio no estábase quieto un segundo, gritando sin parar y moviendo el cuello como pájaro en busca de salvación, hasta que la piel cedió y un chorro de sangre manchó los botines del Almirante, que lo miró asqueado mientras señalaba al otro de los indios. El hidalgo soltó el cuerpo sin vida y un par de hombres lo tiraron al mar después de quitarle los collares. Agarró al segundo de la misma manera y todos los ojos de la nave se posaron en los míos.

-Fraile, hacedle la pregunta a este, que el otro no va a poder contestaros – me interpeló Alonso de Ojeda.

-Soltadle pues, ¿cómo queréis que hable si le rebanáis el gaznate? – lo reté acopiándome una fuerza que el Mismísimo debió ungir en mi corazón en ese momento.

-Fraile, será mejor que este no se nos muera antes de cantar – dijo Don Cristobal Colón y mandó soltar al indio, que se arrastró hasta mis tobillos suplicando en palabras ininteligibles.

Mientras, el tercero dellos aprovechó la distracción y saltó por la cubierta del barco entre las carcajadas de los hombres, que ya baldeaban la sangre derramada del primero sobre las tablas de la nao.

Me agaché y ayudé a levantar al indio. Más con gestos que con palabras le dije mi nombre y le pregunté por el suyo. Los sollozos no le dejaban hablar y las risotadas de los marineros lo aterrorizaban. Cuando conseguí calmarlo, como hubiese hecho con un niño, de su boca brotaron palabras que acallaron todas las voces, con un acento con el que jamás castellano alguno hubiera escuchado su

nombre, aquel indio nombró con claridad a los hidalgos Luis de Torres y Diego de Arana. El intento de interrogatorio hubiera acabado allí mismo si el capitán Pere de Margarit no hubiera agarrado a Alonso de Ojeda por la muñeca cuando iba a despachar la daga en el cuerpo del indio. El catalán lo mantuvo firme y le aguantó la mirada a aquel descendiente de inquisidores hasta que guardó la fajina en la vaina y dio un paso atrás.

-Seguid – ordenó el Almirante –, preguntadle qué pasó con los hombres que se quedaron en el fuerte.

Me acerqué de nuevo, lo miré con todo el amor que pude desprender de mi alma en ese momento e intenté que comprendiera lo que el Almirante estaba deseoso de saber. El indio comenzó a hablar en aquella su lengua extraña y a gesticular moviendo sus manos como aspas de molino, hasta que por fin se centró en una palabra:

-Guaneró – y comenzó una representación de lucha en la que un hombre caía al suelo – ¡Guaneró! – gritó esta vez con fuerza, mientras tumbábase sobre las tablas con la boca a tierra y las manos cruzadas en la nuca. El Almirante lo hizo levantar.

-¿Quién es Guaneró? ¿Quién mandó matar a los castellanos?

-¡Guaneró, guaneró! – siguió gritando el indio cada vez más aterrorizado.

-Que os lleve ante el tal Guaneró – mandó el Almirante al hidalgo Alonso de Ojeda –. Buscad doce de los hombres y traedme a ese Guaneró. Fraile, iréis con ellos –. Alonso de Ojeda me dedicó una mirada cargada de desprecio, que no había de ser la última, y escogió a doce de sus hombres.

La boga de los marinos fue rápida, violenta bajo las órdenes del hidalgo. Cuando llegamos a tierra el indio señaló una senda de animales que se internaba por una pared de espesa vegetación que corría paralela a la costa, y adentrámonos por ella. Miles de aves graznaban a nuestro paso, volaban por los recovecos, aparecíanse por entremedio del grupo para alborozo de los hombres y temor mío, y desaparecíanse tan presto como un pestañear. Anduvimos varias horas en las que el indio no dejó de sollozar y hacer mil intentos por parar la marcha.

Por fin llegamos a una explanada que se abría en la densa vegetación y en la que se adivinaba una mancha amarronada cual hábito de nuestra sagrada orden puesto a secar. Dejamos la sombra del verdor del camino y avanzamos acomodando de nuevo nuestra vista al brillo daquel sol implacable que parecía arrancar más colores de los que nuestros ojos eran capaces de comprender, y que nos obligaba a caminar cuales habitantes de Cipango, con los ojos entornados. Por fin, al cabo de mucho rato de marcha, aparecióse frente nosotros un poblado de chozas de madera.

El indio, que andaba atado con una soga al tobillo tras sus muchos intentos de fuga, comenzó a temblar al avistar la aldea y a entorpecer la marcha tirándose al suelo y rodando cual puerco en lodazal. El propio hidalgo levantole un par de veces a punta de bota, pero el indio lloraba y tirábase a tierra de igual forma. De repente, uno de los hombres recogió algo brillante del suelo que resultó ser la hebilla de un

cinto, ¡una hebilla castellana! Alonso de Ojeda miró al indio y plantole el hierro en la cara, pero el pobre apenas si tuvo chanzas de verlo, puso los ojos en blanco y se dejó caer muerto como si una ropera le hubiera atravesado el corazón. El hombre que lo llevaba atado deshizo el nudo, enrolló la soga a la cintura y lo dejamos.

A una orden del hidalgo se desenvainaron roperas y cebaron armas antes de adentrarnos en aquel pueblo de calles de tierra que serpenteaban entre cabañas de palo y techos de pajas largas. A medida que fuimos avanzando las calles tornáranse más anchas hasta desembocar en una especie de plaza frente a la que se alzaba la mayor de todas.

-Ahí ha de vivir el que decía el indio – las palabras del hidalgo rompieron un silencio al que habían contribuido incluso las propias aves del cielo callando sus trinos apenas hollamos la primera calle del poblado –, Juanerón, o cómo sea que se llame el salvaje que hizo matar a los castellanos.

Alonso de Ojeda mandó rodear la parte trasera de la cabaña y, roperas al aire, cruzamos el umbral de palos. Me agarré al crucifijo que colgaba en mi pecho mientras los hombres entraban y gritaban obscenidades en el vacío de la vivienda, en la que apenas sí había una hamaca de hilo colgando de dos de sus palos, y una cortina de puro algodón recogida en un extremo.

-Esta cochiguera está vacía.

Y mandó el hidalgo a los hombres a recorrer el pueblo en busca de algún indio que nos diera razón. Volvieron al poco con la certeza de que el lugar estaba deshabitado, y si bien no apreciábanse restos de vida, su conservación hízonos pensar que quizá los indios lo habían abandonado recién. Se lanzaron chanzas del valor de los castellanos, su furia y la naturaleza cobarde de los indios. Poco a poco el sol había ido recogándose hasta que de repente, como si hubiérase soltado del corvo del que colgaba, cayó sumiendo el poblado en una densa oscuridad. El hidalgo mandó encender fuego para pasar allí la noche y regresarnos al día siguiente a fin de dar cuentas de nuestras pesquisas.

Los hombres reunieron leña y armaron un fuego frente a la cabaña que creíamos había de vivir el indio jefe, y cazaron algunas aves que asaron para disfrute de la tropa, y mío propio. La noche apenas se dejaba romper por las llamas danzantes de la hoguera cuando los hombres, todos a excepción de los que el hidalgo mandó formar guardia, se reunieron alrededor del fuego.

-Fraile, bendecid la cena – mandó Alonso de Ojeda, y obedecí.

Cenamos en silencio tras muchas horas sin probar ágape alguno, envueltos en un silencio negro que tragose los pocos intentos por armar risas, y en el que apenas algún crujido lejano hacía eco hasta nuestros oídos. En aquella tierra aplastada, sobre la que comimos la carne dura daquellas aves extrañas, ni las chicharras parecíanse tener el valor de salir a aquella oscuridad. Después de cenar

el hidalgo mandó retirarnos a la choza para pasar la noche. Ordenó los turnos de guardia entre los hombres y dispuso mantener vivas las llamas de la hoguera hasta el amanecer. El resto entramos.

Los castellanos se acomodaron sobre el suelo de la cabaña, hora contra una pared, hora en el medio de la estancia, y dejaron la hamaca para Alonso de Ojeda, que la tensó, se deshizo del herrumen apoyándolo, con cinto incluido, contra la columna que aguantaba la litera y se acostó. No sabría decirlos que sintieran los otros hombres, pero mi alma, nada acostumbrada a aventuras desa índole, temblaba víctima de un frío que ninguno más enjuiciaba padecer. Me levanté del rincón que me habían cedido los hombres y salí a calentarme en la hoguera. En aquella oscuridad era imposible saber qué hora del día, o de la noche, ocupábamos, pero calculé que todavía había de faltar para la media noche, así que aproveché para honrar unas oraciones que tenía abandonadas desde hacía demasiados días. Avisé al hombre de la hoguera, un extremeño de nombre Vicente de la Guardia, enfrascado en lo que su propio linaje le había deparado, y me aparté unos pasos para rezar. Apenas había cumplido las tercias cuando una cortina de niebla comenzó a envolver el poblado, la temperatura se tornó fría y mi cuerpo comprendió el temor que hacía horas sentía mi alma.

Como en la sierra de la Murtra en las tardes de invierno, la niebla adentrose lentamente por las calles del poblado, sumiendo la parva luz que la hoguera desprendía bajo una capa lechosa de espeso resplandor engullendo toda forma conocida. Poco a poco la niebla devoró el mundo, y éste desapareció. Ni siquiera el reflejo de las llamas, que tenía a pocos pasos de donde me encontraba rezando, sirviéronme de guía en aquella leche que tan solo con estirar un brazo tragábase mis propias manos. Pensé en regresar por el camino memorizado, pero temí perderme y me senté, paciente, a esperar que algún viento bien enviado por el Altísimo barrierá aquella bruma espesa.

Al cabo de un tiempo del que no sabría calibrar la duración, la fantasmal humedad retrocedió y dejó al poblado en una oscuridad todavía más profunda. Me volteé en busca de la hoguera, pero su resplandor había desaparecido, y pensé que la humedad daquella niebla bien hubiera podido apagar las llamas. A medida que caminaba hacia el lugar en que sabía que había de estar la cabaña, mi vista comenzó a vislumbrar pequeños puntos rojizos, cercanos unos y allende las cabañas más lejanas otros. Permanecí en silencio y a mis oídos comenzaron a llegar acordes de músicas sopladas y golpes de tambor. Al poco fueron cogiendo forma aquellos puntos vivos y aparecieron entre las telas de la noche grupos de indios que salían de las cabañas, antes vacías, armados con teas ardientes que herían la profunda negror con su brillo.

-¡Fraile, volved presto a la cabaña!

Escuché la voz lejana del extremeño, que había salido a buscarme, pero mis ojos habíanse encandilado en aquellos hombres y mujeres, jóvenes, viejos, niños y niñas, que avanzaban hacia mí desnudos atentando contra el decoro que Dios

mandara. Llegose la primera de las jóvenes hasta mi persona con una especie de cuenco de madera en las manos, y hacíame gestos para que lo bebiera. Tras ella fueron llegando otros aquellos indios, y más mujeres en cueros que hacían saltar sus desnudeces al ritmo suave de la música. La joven se acercó el cuenco a sus labios y bebió daquell líquido que tenía, después lo puso en mis manos y me lo acercó hasta los míos. Un suero dulce inundome el paladar y una especie de éxtasis recorriome el espinazo en un latigazo que me tumbó en el suelo de puro placer. Entonces sentí la fuerza de la mano de Vicente de la Guardia, que me levantó en volandas.

-¡Es el calor, fraile, esas vestimentas vuestras no recurren para estas tierras!

Recuperé el equilibrio y mi alma recuperose trabajosamente del impacto daquel néctar y la india que me lo dio. Conseguí asirme al brazo del castellano y seguirlo hasta la cabaña que dominaba la explanada, ahora rodeada de piedras y figuras que parecióronme ídolos paganos y que estaba seguro no haber visto en la tarde. El extremeño, de cuyo brazo no me había separado, aceleró el paso y entramos en la cabaña seguidos de una música cada vez más cercana y envolvente.

La estancia albergaba la docena de castellanos armados con sus espingardas y el hierro colgado de sus cintos, atentos a la orden de Alonso de Ojeda de hacer fuego en cualquier momento.

-¿De dónde salieron esos indios, fraile? – me preguntó el hidalgo apenas me vio entrar arrastrado por el extremeño de la Guardia.

-¡Son los hijos de Adán y Eva! – contesté – Portan luz del día, y ofrendas y músicas celestiales. ¡Salgamos!

-¡Os habéis vuelto loco, fraile!

Miré al hidalgo, me deshice del brazo del extremeño que todavía me asía, y salí. Los indios habían rodeado la cabaña en grupos que seguían incrementándose sin que nadie supiera de dónde llegaban. Algunos dellos me tendieron cuencos con frutas coloreadas que brillaban ante las llamas poderosas de las teas, mientras las mujeres, las más hermosas que en mi vida viera, cantaban con voces angelicales y sacudían sus cuerpos desnudos al ritmo de una música que pareciera brotar del interior de la tierra, y los niños, docenas dellos, correteaban felices entre los pies de los adultos imitando los movimientos danzarines de las llamas. Algunas de las jóvenes se acercaron a la puerta de la cabaña con cuencos cargados del néctar que todavía sentía resbalar por la gola de mi gazonate.

-Hidalgo, salid vos mismo y comprobad mis palabras. No sé de dónde han salido estos indios, pero sí os juro no tener duda de que esto sea el Edén – y acepté un nuevo cuenco lleno daquel jugo.

Los hombres me miraron y volvieron la vista al hidalgo, que se mantenía firme en la orden de batalla.

-Al que se mueva lo mato con ésta yo mismo – dijo al tiempo que rasgaba el aire con su espada ropera – ¡Cargad las espingardas!

Y los hombres comenzaron a cebar las serpentinas y meter las bolas en los cañones empujándolas con las baquetas desprendidas de las fustas. Agarré del brazo al extremeño que había estado de guardia en la hoguera y lo saqué de un tirón de la cabaña.

-¡Mirad! ¿Dónde veis el peligro que teme el hidalgo? ¡Decidles a todos que dejen las armas y salgan a compartir el regalo de Dios!

Acompasando mis palabras rodearon al extremeño varias de las indias y saciáronlo ofreciéndole jugos y frutas de dulces emboques, y bailaron con él hasta que cayó al suelo. Los indios ayudáronle a levantarse, pero el pobre comenzó a gritar y a recular con los ojos temerosos daquellas mujeres que acababan de servirlo como si fuera el propio rey Salomón persignándose como loco en día de misa.

-¡Apartaos Fraile! ¿No veis las pezuñas, los cuernos enroscados cuales machos Lanú? ¡Son diablos encarnados! – y Vicente de la Guardia corrió a la cabaña entre persignaciones y gritos de ido.

Sin comprender qué mosca había picado al muchacho, dejome acariciar por la música y me acerqué a las indias. Mis ojos recorrieron sus cuerpos de mujer, aquellos que habían sídome vetados hasta entonces, y sentí como el pecado que Moisés anotara en las tablas de la Ley de Dios incendiaba mi hábito. Una fuerza, que creí domada con sangre durante el seminario, brotábame de nuevo bajo el vientre mientras el sudor de la danza recorríame todo el cuerpo. Al cabo noté los dedos duna india desanudando el cordón que ataba mis bastos ropajes y me dejé llevar preso del terror y la excitación del que se sabe elegido, y dancé tal cual aquellas criaturas, con la única vestimenta de mi crucifijo colgando en el pecho y mi verga astada como el palo mayor de la Marigalante.

Entre los acordes daquela música oía las voces de los castellanos en la cabaña, la atronadora del hidalgo Alonso de Ojeda por encima de todas ellas mandando permanecer en guardia, mientras yo bailaba y animábalos a que vinieran, que se dejaran seducir por el Edén que conocieron los primeros hijos de nuestro Señor. Vi asomar a un par de hombres a la puerta de la cabaña y dar algunos pasos tímidamente hacia los cuencos con almíbar y frutas que les tendían las hermosas criaturas que danzaban a mí alrededor. Uno de ellos, de los más jóvenes de la expedición, después de tomar un cuenco completo de jugo, tiró su espingarda al suelo y se adentró corriendo en la oscuridad que crecía más allá de la luz que proyectaban las teas de los indios, y perdióse entre gritos que clamaban por su madre, mientras que el otro habíase tirado al suelo y lloraba con las manos sobre la cabeza bajándose las calzas y pidiendo a su padre que no le hiciera tanto daño como las otras veces.

Quise ir a consolar a aquel pobre que descubría su culo a la noche, abrazarlo y traerlo a bailar al ritmo daquela música que nacía por inspiración del Señor, pero dos jóvenes indias me apartaron y me tumbaron en el suelo, y mientras una metía mi verga en la humedad de sus entrañas, la otra pasaba sus tetas por mi boca dándome de mamar una leche que amargara la más pura miel si alguien comparárolas.

Los hombres abandonaban las órdenes del hidalgo y salían de la cabaña atraídos por los que habíanlo hecho primero. Las indias y los niños ofrecíanles presentes, frutas y ese néctar que por fuerza había de provenir por fuerza de la fruta prohibida, y los hombres tomábanlos y uníanse al grupo, pero algunos dellos caían para levantar al cabo presos de muchos delirios de loco. Unos decían ver a sus padres, otros a antiguas fulanas de lupanar, y la mayoría dellos a los carceleros que habíanlos encerrado antes de cambiar la pena por el viaje. No tardó en oírse la primera detonación de la espingarda del hidalgo Alonso de Ojeda, que había salido el último con el arma humeante y la ropera hambrienta de sangre de indio.

-¡El que tome más de esos líquidos se los sacaré de las entrañas yo mismo!
- gritó.

Traté de incorporarme para detener al hidalgo y unirlo a los placeres temidos que yo estaba gozando, pero las dos mancebas impidieron que me levantara turnándose mi verga y acariciándome como hombre alguno jamás conociera, mientras el hidalgo comenzó a ensartar indios en su espada en una orgía de sangre a la que se unieron otros dellos. Poco a poco fuéronse levantando algunos y mataban a aquellos que les ofrecían frutas y jugos.

-¡Bestias nauseabundas, sentid el acero de un hidalgo! ¡Volved al infierno del que venís! – gritaba Alonso de Ojeda, con la cazoleta de su espada chorreada de sangre y vísceras.

El hombre que trajera al indio que habíamos hecho de guía hasta el poblado, desenredose la soga con que llevolo amarrado y comenzó a atar dellos por el cuello y a arrastrarlos hasta que encontró dos palos entre cabañas y los colgó cuales chorizos en Navidad.

Otros de los hombres perseguían a los niños y a los ancianos para arrancarles las pieles, como decían había de hacerse con las alimañas. Poco a poco la sangre daquellos indios comenzó a bañar la tierra de la explanada y a teñirla de rojo, hasta que llegó a donde yo estaba y se mezcló con el sudor, la leche y el néctar que aquellas indias chorreaban por encima de mi cuerpo. Otros violaban a las niñas y rebanánles el cuello después de haberse aliviado.

No fue hasta que no quedó ningún indio en pie en el poblado, incluso las dos jóvenes que yacieran conmigo habían desaparecido, que las teas se apagaron, y no fue hasta al cabo de un rato que mi mente pareció nublarse y comencé a sentir el frío calar mi cuerpo manchado de sangre, sudor, leche, semen y vergüenza. Fue

entonces cuando en la oscuridad más negra que jamás existió se oyó el primero de los aullidos, profundo, dulce, terrible y claro.

-¡Guaneró!

Me levanté del lecho de arena húmeda y traté de buscar mis hábitos perdidos desde hacía horas en aquella explanada que ahora rezumaba sangre y muerte adondequiera.

-¡Guaneró! – esta vez más largo, más profundo, más cercano, rasgando una oscuridad tan densa que habíase tragado hasta los luceros – ¡Guaneró! – de gargantas sin sexo, sin nombre, sin edad, afiladas como las hojas de las roperas atravesando la noche.

Escuché pasos a mi alrededor acompañados de lo que parecieronme suspiros y bufidos similares a los de las bestias de arar el campo, y temí morir en aquel lugar sin confesión redentora. Había caído en tal pecado que ni el mayor de los Avernos había de ser castigo suficiente para mis faltas si el Altísimo hubiérame reservado esa noche para mi encuentro. Me giré sobre mí mismo y comencé a reptar en dirección a donde recordaba haber visto la cabaña. Sentía la tierra viscosa pegarse a mi pecho, manchando de sangre, orines, excrementos y vísceras el crucifijo que todavía debía portar, y al que rezaba como última esperanza para tanto pecado. Los codos y muslos sentían el rozar de la arena en cada impulso, pero el mayor dolor lo sentía en la caña de mi verga, dolorida y exprimida por el esfuerzo. Sentí como si la tierra arrancara tiras de piel de la que hasta ese instante había sido el azote de aquellas indias de cuerpos culebreros. Lloré de rabia y miedo entre los bufidos y los pasos que doblaban a mí alrededor, hora alejados, hora más cercanos, hasta que en uno de ellos resonó una palabra castellana, ¡eran nuestros hombres que corrían hacia la cabaña!

Me levanté y grité, y a mi voz se unió una cacofonía de gritos castellanos cargados de esperanzas fútiles. Seguimos nuestras palabras hasta unirnos en un círculo sin vernos, tragados por la oscuridad, y conseguimos identificarnos diez de nosotros por nuestros nombres. El último en nombrarse fue el hidalgo Alonso de Ojeda, que apenas podía respirar del esfuerzo de haber matado tantos de los indios.

-Que cada hombre se prenda con una mano al de su lado y al arma con la otra, los que la hayáis perdido agarrad cualquier palo que choquéis con las botas en este maldito lugar. El fraile que se quede el último – suspiré de alivio al saber que ninguno dellos había de prenderse de mis cueros –. Yo iré al frente, creo recordar dónde está la maldita cabaña y nos refugiaremos en ella. ¿Alguno conserva la piedra de chispa para las mechas?

El silencio fue la única respuesta y todos, agarrados cada uno al hombre que teníamos delante, comenzamos a caminar tras el hidalgo.

-¡Guaneró! – el grito nacido de la nada volvió para sorprendernos y nos envolvió como un fantasma. De no haber sido por las órdenes inmediatas del hidalgo mandando calma, hubiéramos corrido todos tan lejos como nuestras almas hubieran tenido fuelle.

Por fin conseguimos llegar a la cabaña y entramos. Palpamos el interior de la choza para asegurar el lugar y los hombres hicieron recuento de las armas que portaban, apenas una espingarda sin mecha, ni piedra, ni munición, un fuste recogido del suelo y cinco roperas, lo que dejaba a tres hombres, además de a mí mismo, sin mayor armamento que el terror que nos partía en esquirlas el alma.

-¡Guaneró! ¡Guaneró! ¡Guaneró! ¡Guaneró!

El grito nos agarró más cercano, más hondo, más obscuro. Un alarido parido de gargantas con almas de bestia que ya habían rodeado la choza y rasgaban sus paredes con lo que nuestros pensamientos imaginaron afiladas garras.

- ¡Tranquilos! – gritó el hidalgo, a quien el trueno de su voz se había quebrado como un pergamino al sol - ¡Espalda contra espalda y destripemos a todo indio, bestia o lo que el diablo nos envíe, que atrevase a acercarse al círculo!

Las garras seguían rascando el exterior de la cabaña y un eco de pasos arrastrados se unió a los gritos daquela maldita palabra. De repente comenzáronse a sentir el apaleo de las tripas atadas de tambores lejanos en un ritmo rápido, estridente y violento.

-¡Guaneró! ¡Guaneró! ¡Guaneró! ¡Guaneró! – y el tam-tam de los tambores, constantes como la boga de una gabarra.

Fue entonces cuando todos escuchamos aquella otra voz por primera vez aquella noche, en un estruendo que partió la obscuridad y lo que quedara de nuestros arrechos.

-¡GUANERÓ!

Y la choza se reventó en mil astillas dejándonos en la mayor de las intemperies bajo una manta negra como el alma de aquellos demonios que no cejaban en el repiqueteo de los tambores. Miles de puntos aparecieron de repente frente a nosotros, brasas ardientes que flotaban a la altura de nuestras cabezas.

-¡A los ojos, clavad a los ojos! – gritó el hidalgo de Ojeda.

Y los hombres comenzaron a lanzar estocadas y mandobles contra las brasas que nos rodeaban cual noche de luciérnagas diabólicas en un aquelarre macabro. Sentíamos sus alientos, las ascuas de vapor que brotaban de sus bocas de bestia. De repente viniéronme las palabras del Apocalipsis de San Juan y me tiré de rodillas con los brazos en cruz.

-Y yo me paré sobre la arena del mar y vi una bestia subir del mar que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cuernos diez diademas, y sobre las cabezas de ella nombre de blasfemia. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y el dragón le dio su poder, y su trono, y grande potestad ¿Quién es semejante a la bestia, y quién podrá lidiar con ella?

-¡Callaos, fraile del demonio, y golpead con todo lo que os quede de hombre! – me gritó Alonso de Ojeda.

-¡Es el Apocalipsis! ¡Vamos a morir todos!

-¡Maldito fraile, yo mismo os mataré con mis manos cuando acabe con éstas!

-¡GUANERÓ! – tronó de nuevo la voz que había desintegrado la choza. Las ascuas de las bestias se reunieron, agarraron a uno de los hombres del círculo y se lo llevaron a rastras.

Por unos segundos el silencio volvió a la oscuridad de la noche y todos nos preguntamos quién era el desgraciado que habíanse llevado con ellas las bestias, pero el sosiego de la sorpresa no duró más allá de un suspiro cuando un grito terrible cruzó la noche seguido de la llamarada de una antorcha. En el suelo, al castellano que habíanse llevado estaban asaetándolo un enjambre de niños con lanzas que clavaban en la carne del joven. La antorcha se apagó y del lugar de esos niños aparecieron cientos de brasas candentes que volvieron su vista a nosotros. El hidalgo dio órdenes de atacar, pero los tambores reiniciaron su golpeteo macabro y aquellas bestias nos rodearon de nuevo, cientos dellos envolviéndonos, gritando aquella consigna endiablada y recibiendo sin sentirlos los envites de los aceros castellanos.

-¡Guaneró! – y los corazones encogiéronsenos más todavía cuando aquellas bestias se llevaron a dos de los hombres.

El silencio que precedía al desastre se rasgó por los gritos de los dos castellanos, que aparecieron iluminados mientras colgaban de una soga con las panzas abiertas y las entrañas a sus pies. Reconocí, aún a pesar del terror que me nublaba el alma y las entendederas, a aquel que había colgado muchos indios apenas unas horas antes. Las llamas de la antorcha alcanzaban a iluminar algunas caras de indios muertos a los pies de los cuerpos destripados de los dos castellanos, que se balanceaban en el último baile de su vida. La antorcha se apagó de nuevo y cientos de puntos encendidos en la noche se acercaron gritando al ritmo de unos tambores que parecían que tuviéramos metidos en el costillar.

La escena se repitió varias veces, el hidalgo mandando una lucha inútil que ninguno tenía fuerzas para lidiar, las bestias llevándose a uno de nosotros por vez, gritos de terror que traspasaban lo humano, y los castellanos muertos en las formas más terribles, cuerpos oscilantes al vaivén de las llamas de una antorcha ante los ojos de los que íbamos quedando.

Algunos de los hombres intentaron huir aprovechando la negra ceguera que nos envolvía, pero las bestias los atrapaban sin apenas esfuerzo y entonces los gritos de dolor eran tan extremos que hubiéramos deseado ser ajusticiados de los primeros para no tener que oírlos. La sangría duró lo que dura la noche.

-Fraile, ¿estáis ahí? – preguntome el hidalgo en una desas.

-Sí – sollocé.

-Rezad por el alma de estos hombres – y escuché como su cuerpo caía derrotado en la arena.

Desde hacía dos ataques habíamos dejado de contar cuántos de nosotros quedábamos. Yo estaba tirado en el suelo y habíame enovillado sobre mí mismo en un intento por abstraerme daquela noche de maldad pura, pero mi pensamiento sólo me traía el castigo que las bestias me darían. Había visto hombres con un tronco del tamaño de una pierna clavados en el ano, otros con la piel arrancada a tiras, algunos atravesados en la misma lanza para que vieran desgarrarse las tripas dellos antes de perder el sentido ¿Qué me harían a mí?

-Creo que sólo quedamos tres, fraile – escuché la voz de Alonso de Ojeda por encima de un sollozo apagado a poca distancia nuestra.

Y las bestias se llevaron al que sollozaba dejando para el final a los más pecadores, las almas más negras del grupo que el Almirante enviara a averiguar lo ocurrido a los treinta y nueve hombres abandonados en aquella isla reinada por el mismísimo Satanás. Ahora lo sabíamos, aunque moriría la explicación con nosotros. Sentí la mano del hidalgo apoyarse en mi cuerpo.

-Seré el próximo, fraile. Orad por mí.

La antorcha se encendió y vimos al antepenúltimo de los hombres clavado en una astilla que habíale atravesado el pecho desde la espalda. Las llamas bailaron frente a sus cuencas estalladas en dolor y se apagó. El grito estremecedor sonó de nuevo aquella noche y las bestias de ojos de carbón ardiente vinieron a por el hidalgo, o a por mí, qué importaba ya. Sentí levantarse al hidalgo Alonso de Ojeda, escuché el ruido de sus hierros de hombre valiente al cinto, asesino bravo, no como yo, que lloraba como un niño por una vida cargada de vergüenza y pecado después de haber fornicado con aquellas indias enviadas por el demontre. Escuchamos los tambores y supimos que el final de uno de los dos estaba al llegar, un final de sufrimiento inhumano, tan atroz como el que solo pueda causar una bestia. Escuché el sonido metálico de la ropera entrando, o saliendo, de la vaina del hidalgo y el entrechocar de sus botas mientras se afianzaba en la postura más digna para enfrentar a la muerte.

Las bestias se lo llevaron sin que el hidalgo dejara escapar una sola palabra. No sé si hubiera puesto en paz su alma mientras los hombres que había encomendádole el Almirante caían desgarrados, asaetados, mutilados, empalados o ahorcados, pero la bravía de su hidalguía le selló los labios mientras llevábenselo aquellos leviatanes al último viaje. Me retorcí más sobre mi cuerpo de pecador y

acentué la atención a los ruidos que la muerte del hidalgo me había de traer, como si con ellos intentara el macabro juego de adivinar cuál había sido la causa de su sufrimiento.

Pasaron unos segundos acompañados de los gritos de las bestias y el tam-tam que nos había aterrorizado el espíritu mientras esperaba el silencio predecesor del horror, cuando de repente, con la misma velocidad que había caído del gancho que pareciera soportarlo en el cielo, el sol asomó para asesinar con su primer rayo la negra oscuridad. Los tambores dejaron de sonar, las gargantas de las bestias callaron y los carbones apagáronse. Alcé la vista y vi al hidalgo en pie, a pocos pasos de donde yo estaba hecho un ovillo, con una mano en la espada desenvainada y la otra a modo de visera protegiendo su ojos que giraban enrojecidos en busca sus captores. Me dedicó una mirada de desprecio al ver mi estado, y volteó hacia la explanada, bañada ahora con la luz dese primer destello de vida.

-Y los demás fueron muertos, y todas las aves se saciaron con las carnes dellos – musité unos versículos del Apocalipsis que viniéronme a la mente y levántome. Cubrí mi sexo con ambas manos y vomité sobre mis pies desnudos.

El hidalgo caminó por entre el horror que habíamos visto sólo a trazos durante la noche más larga de la vida de hombre alguno desde que el Todopoderoso hiciera la luz. La explanada, o lo que fuera que della quedaba, estaba recubierta de cadáveres, de indios y de castellanos, niños y niñas, jóvenes y viejos, esparcidos por doquier. La tierra encharcada en negros líquidos y vísceras, y los rostros daquellos muertos petrificados en muecas tan grotescas que incluso las gárgolas de las iglesias hubiéranse aterrorizado dellas.

-Fraile, vestíos, démosles sepultura cristiana – la voz de Alonso de Ojeda me devolvió a un mundo que hacía tiempo creía haber dejado de existir, el de los vivos que entierran a sus muertos. Recogí mi hábito de debajo de los cadáveres de unos niños de cuyos orificios había manado una masa negruzca y maloliente, ahora seca, y me lo puse con asco.

El hidalgo caminaba entre los muertos, buscando con qué cavar en aquella tierra gobernada por el príncipe de las tinieblas, hasta que se decidió por un palo clavado en el costillar de un indio, afilado en su punta como pica de soldado, pero más gruesa, y lo agarró retorciendo el cuerpo hasta que los jugos dél lo dejaron arrancar. Caminamos juntos en busca de un buen lugar donde enterrar a nuestros cristianos y salimos daquella explanada, justo por la parte de atrás de la cabaña, hasta los lindes del poblado a pocos pasos de la jungla que se levantaba rodeando la aldea.

-Fraile, este es un buen lugar – dijo el hidalgo después de arañar con su bota la superficie, y comenzó a picar el suelo con fuerza. Erase en efecto un lugar hermoso, bajo un árbol de ramas retorcidas como un olivo, pero perlado de hermosas flores blancas en las que el sol parecírase

entretener de la luz que desprendían –. No os quedéis ahí como un pasmarote, id trayendo los cuerpos de los nuestros.

Como el niño que obedece a los frailes educadores, miré con ojos sumisos al hidalgo sudar bajo el sol que comenzaba a ajusticiar la tierra, y fui a traer los cuerpos, o lo que fuera que quedara dellos. Arrastraba el primero por los pies desnudos, después de santiguarme y rezar varios Padrenuestros con que calmar mi espíritu, cuando supe que volvía de nuevo. Esta vez la reconocí, el alma se estremeció en un aviso, el vello de mis brazos se agitó al viento del miedo, las narices llenáronseme de terror y la boca explotó en un grito que asustó a las mismas aves del cielo. Solté el cuerpo destripado del castellano y corrí a donde el hidalgo, si había de volver, el lugar más seguro era al lado daquel último hombre, sanguinario y feroz, escogido por el Almirante por la ausencia de miedo ni piedad. Llegué con él cuando ya la niebla había alcanzado la explanada, metiéndose por las calles del pueblo, por entre los palos de las cabañas, como un ejército victorioso que arrasa la ciudad rendida, una masa aguada colándose por cada rincón daquel lugar de muerte. La supe cubriendo los cuerpos muertos sobre la arena, entrando por sus bocas abiertas en muecas aterradas, por los orificios que armas, palos y vergas habían reventado en sus cuerpos, lamiendo las entrañas que se despanzurraban fuera de sus tripas, bebiéndose con goloso frenesí la sangre derramada y vomitando aquel vapor frío y opaco que todo lo cegaba.

Cuando llegué, el hidalgo había hecho un hoyo no muy profundo, pero ancho por lo menos para un par de hombres, sus músculos brillaban al sol, chorreados de un sudor que se le heló cuando tras mis pasos vio la manta blanca que corría para alcanzarme. Me agarró y nos tiramos al hoyo.

-Poneos cara arriba, fraile, así olvidaréis el olor de las indias y sentiréis el aliento que os llevará al infierno sin pasar por el purgatorio – y sus carcajadas se mezclaron con la bruma lechosa que ya había cubierto incluso los rayos del sol.

Musité todas las oraciones que quedábanme por rezar, a las que el hidalgo correspondiera sin falta con risas y chanzas, y yo con sollozos de terror. Poco a poco la certeza fue calando en mi alma y las súplicas de perdón convirtiéronse en la aceptación de que mi muerte sería el primer paso que había de llevarme a un lugar terrible donde expiar mis pecados. Cerré los ojos y guardé silencio. El tiempo de las oraciones, los llantos y las súplicas había expirado. Moví el brazo y sentí el cuerpo del hidalgo, al que no había vuelto a escuchar desde que dejara de sollozar. Quizá fuera él quien ahora andara suplicando al Altísimo por un lugar en su mesa, aunque bien podía estar sencillamente alerta para repeler el ataque de un nuevo enemigo, ¿quién podía saber el peso de los pensamientos daquel hombre? Respiré hondo y me llené de olor de tierra húmeda, palpé la pared cavernosa de la tumba y sentí las raíces, las diminutas piedras que forraban el hoyo, la humedad de la vida, y el calor del sol, un sol que arrancaba gotas de sudor de mi frente y que inundaba la otrora opacidad de mis párpados. No era mal lugar para morir después de todo. Sentí el calor aumentar sobre mis impúdicas ropas, y entonces abrí mis ojos y lo vi,

en lo alto, como el Cristo en su cruz sobre los dos ladrones, colgado para nuestra redención, el sol más radiante que me calentara nunca en toda mi vida. Me senté y tomé aire, un aire limpio que me bañó el cuerpo y lo infló cual vela de nao en altamar. La niebla había desaparecido y los miedos de que nuevas bestias tomaran la aldea habíanse barrido por aquellos rayos verticales del astro. Me levanté y salí del hoyo.

El hidalgo permanecía en la tumba quieto, quizá muerto. Miré a mí alrededor y comprendí que aquel era el lugar que Dios había escogido para que expiara mis bajezas, quizá un lugar peor que el averno. Me fijé entonces en mis hábitos, sucios y repugnantes como mi alma antes de la niebla y me desvestí, doblé las ropas bajo el brazo y recordé que de camino habíanse varios riachuelos donde asear las vestimentas y a mí mismo.

Escuché un suave murmullo y vi al hidalgo salir del hoyo. Sin mentar mi desnudez, giró sobre sus botas y se adentró en el pueblo en busca de la salida. Lo seguí.

No sabría decir por qué, pero no sorprendiome encontrar la explanada límpida como el día en que llegamos los doce hombres, un hidalgo y un fraile, y de los que ahora solo quedábamos los dos últimos, dos hombres que en silencio, sin ni siquiera clavar la rodilla en tierra para musitar una oración por las almas de los nuestros, enfilábamos el camino de vuelta con una historia que no habríamos de explicar jamás ni al mismísimo don Cristóbal Colón, o como a él le gustaba de hacerse llamar, Almirante de las Nuevas Indias.